

De la música tradicional al folk en Valladolid: cambios y asimilaciones en las últimas décadas

Antonio Bellido Blanco | Museo de Palencia

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5926>

Que la música está en constante cambio es algo que queda fuera de toda duda. Para el caso de Valladolid (España), por poner una referencia que nos sirva de comienzo, durante la segunda mitad del siglo XIX la música popular en los bailes y fiestas pasó de ser interpretada por un músico con gaita y tamboril a una pareja con dulzaina y tamboril. El desarrollo de la dulzaina se vio además impulsado desde 1890 por las modificaciones que en este instrumento introdujo Ángel Velasco (Blanco del Val 2016). Entre las consecuencias se puede destacar la ampliación del repertorio, y está bien documentada la existencia de decenas de intérpretes por toda la provincia, así como un puñado de notables compositores.

Pero como nada se mantiene invariable, la influencia de la radio y otros factores hicieron que a partir de 1940 los músicos hubieran de adaptarse a las nuevas modas. Se transformaron los grupos para convertirse en pequeñas orquestas que tuvieron de cambiar sus viejos instrumentos por saxofones, trompetas, clarinetes, acordeones y baterías. Al mismo tiempo se renovaron los repertorios para asumir las nuevas composiciones que llegaban de fuera. Algunos dulzaineros se mantuvieron con dificultades, reduciendo sus conciertos y acompañamientos, y dejando paulatinamente el oficio sin que, como pasaba antes, sus hijos continuaran su senda (Bellido Blanco 2023).

Llegados los años sesenta del pasado siglo, los pocos que aún seguían tocando se centraban en actividades marginales, como pasacalles y acompañamientos de gigantes y cabezudos, lejos de los bailes populares. Y, sin embargo, en 1965 la Diputación organizaba un concurso de dulzaineros. Algo estaba favoreciendo que las instituciones volvieran a interesarse por una música que pare-

cía estar perdiéndose. Entonces aparece Joaquín Díaz, que en 1967 comienza sus recitales por toda España.

Durante la siguiente década se produce una bifurcación en el camino de la música tradicional, que habrá de perdurar hasta hoy. Por un lado muchos jóvenes se interesan por la música tradicional y forman grupos que reinterpretan las viejas canciones con nuevas instrumentaciones y arreglos. Eran conjuntos donde destacaban las guitarras, laúdes y percusiones sencillas, a lo que se unía un papel importante de las voces. Entre ellos están Trigo Verde, Ara Pacis, La Fanega, Thau, Montaranza, Jibaro, Albatana, Barbecho, Tahona o Candeal. Por otro lado resurgen los últimos dulzaineros, que se vuelven habituales en las fiestas locales y en mítines de muchas formaciones políticas de esos años. Algunos incluso se convertirán en profesores, como Jonás Ordóñez en la Escuela de Laguna de Duero (Valladolid) desde 1980, o Lorenzo Sancho desde Carbonero el Mayor (Segovia).

Aunque con diferente visión de la música, entre 1976 y mediados de los años ochenta no es raro que coincidan ambas vertientes en festivales y fiestas, como las de Villalar. Quizás el caso más notable de ello fue el homenaje a Crescenciano Recio celebrado el 31 de mayo de 1987 en Pesquera de Duero. Sin embargo, lo cierto es que estaba creada una separación que distinguía por un lado a músicos de dulzaina y tamboril, que estaban más ligados a fiestas tradicionales y a grupos de danza y, por otro, a grupos folk más centrados en conciertos sobre escenario y en teatros, con variedad de instrumentos y ritmos más adaptados al gusto de cada momento. Para algunos puede hablarse incluso de visiones enfrentadas entre quienes se consideran salvadores de unas tradiciones ancestrales que se perdían y quie-



Luis Ángel Fernández, Eugenio Rodríguez, Rafael Cubillo, Francisco García, Raúl Llorente, Jaime Vidal y Fernando Zarzosa: dulzainas, caja y tambor

| foto Antonio Bellido Blanco

nes defienden la posibilidad de aportar facetas innovadoras a la base anterior (Vidal Briones 2023). Purismo frente a actualización.

Este desarrollo de la música folk se ha visto potenciado por la mezcla de géneros. A mediados de la década de 1980 se manifiesta el peso de la música celta, con grupos como Celtas Cortos, luego Triquel y, ya después del 2000, A Gramalleira, Awen Magic Land o San Miguel Fraser. Pero las variaciones han sido muchas. María Salgado, por ejemplo, se ha desplazado hacia las músicas latinoamericanas y portuguesas. Otros han introducido nuevos instrumentos, como Germán Díez con la zanfona. Hay quienes se han acercado al jazz, como Rao Trío y el Caracol Andador, a los ritmos africanos, como Taper Duel, o una fusión más amplia, como Zambaruja o Kéltiber. Y en todos estos años no han faltado intérpretes que, siguiendo una de las vertientes de Joaquín Díaz, han acudido a las tradiciones sefardíes.

La música más tradicional, por su parte, se ha visto cada vez más limitada en la posibilidad de realizar trabajo de campo por la desaparición de informantes en los pueblos, y ha recurrido en las últimas décadas a cancioneros publicados a finales del siglo XIX o principios del XX por músicos como Federico Olmeda o Agapito Marazuela. Pero al mismo tiempo han profundizado en el conoci-

miento de los dulzaineros clásicos, los del siglo XX, recuperando sus repertorios y la forma de tocar de cada uno a partir de las grabaciones disponibles. En este camino ha sido fundamental, una vez más, la labor de Joaquín Díaz y el Centro Etnográfico de Urueña. Su trabajo de campo en los años setenta se suma al de otros etnógrafos de toda la región, actualmente digitalizado para facilitar el acceso a los investigadores. Además no han sido pocas las escuelas de dulzaina que han formado a nuevos intérpretes.

No creemos que se trate de caminos opuestos, sino paralelos. Sobre el mismo cimiento se levantan estilos distintos que se dirigen a gustos diferentes, pero que en general conviven sin problemas. El ejemplo más evidente de esto es el músico Eugenio Rodríguez Méndez, posiblemente el más profesional de los intérpretes actuales. Formado musicalmente en el conservatorio, aprendió después a tocar la dulzaina y ha sido profesor en las escuelas de Laguna, Aldeamayor de San Martín y Tordesillas. Además de tocar en fiestas populares y para grupos de danza con otros dulzaineros y redoblantes, no ha dejado de formar parte de muchos grupos folk, desde La Fanega a Tahona, pasando por La Carraca, Tradere, Alalumbre Folk, Zaranda Trío y Acordul, y tiene además una faceta como músico clásico en Il Ballerino y Dúlsica. Y no es un caso único.

BIBLIOGRAFÍA

- Bellido Blanco, A. (2023) La actividad de los dulzaineros en Valladolid hasta 1980. *Revista de Folklore*, n.º 506, pp. 59-75
- Blanco del Val, A. (2016) Ángel Velasco, apuntes sobre el maestro de Renedo. *Revista de Folklore*, n.º 409, pp. 20-38
- Vidal Briones, J. (2023) Convenciones e inconvenientes en la música folk española. Hacia una caracterización del género a partir del estudio de caso en la provincia de Valladolid. *Revista de Musicología*, vol. 46, n.º 1, pp. 153-176